

tos, receloso de que se dispase el misterioso encanto que le rodeaba.

El melodioso canto de la seductora joven era cada vez más tierno, más sensible. Sus notas largas se perdían suavemente en el espacio, pero en una graduación tan perfecta y armoniosa, que las seguía conmovida el alma hasta sentir las expirar suavemente en la embalsamada atmósfera.

Núñez, embriagado por esta delicada armonía, identificó en aquella mujer a la joven que él amaba, y seducido por esta halagadora idea que le brindaba con la realización de su esperanza, no pensó ya más que en confesarla su amor y su ternura.

En aquel momento los bellísimos ojos de Soledad se encontraron con los del apasionado joven, y ambos se estremecieron de placer, como si aquella mirada hubiera sido la corriente eléctrica con que se comunicaban sus almas.

Entretanto que el aria llegaba a su término, y a medida que se acercaba a su fin, el canto era más melancólico, más sentimental, y los sonidos se escuchaban más suaves, más sentidos y dulcemente velados, como los misteriosos conceptos de una armonía celestial que se va perdiendo en el lejano horizonte.

De repente la voz calló apagándose entre las últimas vibraciones del piano, y en el mismo instante resonó un aplauso general por todos los ámbitos del salón.

Núñez despertó, por decirlo así, de su delicioso éxtasis, y dominado aún por los sentimientos amorosos de su alma, iba a dirigir varias preguntas al joven que le había hablado al principio del concierto; pero don Félix se había levantado para conducir a Soledad al lado de la señora de la casa.

Núñez perdió su dulce tranquilidad con este incidente, y ya iba a abandonar su asiento, cuando otro joven, que había ocupado la silla que antes ocupara Félix, exclamó dirigiéndose a dos amigos que estaban a su lado:

—Nunca ha estado más inspirada la simpática Soledad. ¡Qué dulzura..., qué expresión en todas las notas!...

—Es cierto—añadió uno de los dos—. ¡Es imposible interpretar con más fidelidad los sentimientos íntimos del alma!

—Eso consiste—añadió el tercero—en que la hermosa Soledad no es indiferente a esa tiránica pasión que hace ver el mundo por un prisma de doradas ilusiones.

—¡Pues qué! ¿Tiene acaso amores?

—A no dudar.

—Y ¿con quién?

—Con su primo.

—¿Con don Félix?

—Precisamente.

Núñez vió deshacerse el encanto en que había estado sumergido.

El nombre de Soledad, el de Félix y el conocimiento de sus amores, hicieron caer la venda que cubría sus ojos, y vió que los fantásticos ensueños creados por la grata melodía de la música, habían despertado a la horrible realidad de sus desgracias y de su abandono.

—¡Ama a otro!...—pensó interiormente—. ¡Y, sin embargo, creí leer en su mirada un sentimiento de cariño y de simpatía hacia mí!... ¡Ah!... ¡Qué pronto he tocado el engaño!... ¿Y qué otra cosa podía apetecer que su desprecio?—añadió, sobreponiéndose de repente a su debilidad—. ¿No es mejor que me aborrezca, para no pensar jamás en ella? ¿No he huído yo mismo de su calle, para no ser infiel a mi querida Adela? ¿Puedo yo ambicionar otro amor que el de la joven que me consagró todo el cariño de su alma? ¿Qué me importa a mí la belleza de Soledad, ni sus amores con ese don Félix, que no conozco?

Y Núñez, arrepentido de haber dado entrada por un momento a una simpatía que calificaba de infidelidad de Adela, se propuso permanecer indiferente a los hechizos de aquel sér que atesoraba todos los encantos de su amada.

Fijo en esta resolución, se propuso retirarse temprano del concierto, y aun lo hubiera verificado en aquel momento, a no haber estado comprometido con el dueño de la casa a tocar unas variaciones en el piano.

¿Y la hermosa Soledad? Soledad también estaba triste; veía al hombre que idolatraba permanecer indiferente y silencioso, sin volver una sola vez los ojos hacia ella, que no pensaba más que en él.

También la infeliz deseaba que terminase el concierto.

Había visto hablar a Félix con su amante, y estaba impaciente por saber todo lo que se habían comunicado.

Al llegar a casa sabría sin duda la causa de su indiferencia, la de la tristeza que le dominaba, y el motivo de no haber vuelto a verla después del feliz encuentro tras la larga separación a que habían estado condenados.

La llegada de varios criados, vestidos lujosamente, conduciendo helados de todas clases en ricos azafates, y la invitación de la señora de la casa a que tomase alguno, le sacó de sus entretenidos pensamientos.

Núñez, en vez de detenerse a tomar el que le sirvieran, cru-

zó la sala y se dirigió al corredor, con objeto de gozar del agradable ambiente.

Un hombre que le había estado observando hacía largo rato, con un interés particular, al verle abandonar el asiento que ocupaba, dejó también el suyo, atravesó apresuradamente la sala, y salió tras él al corredor.

Era tal el número de personas que entraban y salían, que nadie hizo alto en nuestros dos personajes.

Núñez se paseaba cruzado de brazos y en ademán pensativo, por la parte próxima a la escalera, que era el sitio más solitario.

El hombre que le había seguido se acercó a él y le preguntó en voz baja:

—¿Ha traído usted armas?

Núñez levantó la cabeza y reconoció en el que le dirigía la palabra, a don Juan, al joven que había defendido a Leopoldo en el corrillo en que había estado Willey.

—¿Por qué me hace usted esa pregunta?

—¿Me conoce usted?

—Sí, señor; tuve el gusto de ver que salía usted a la defensa de un ausente contra la vil calumnia de un malvado.

—En ese caso no tengo que manifestar que también me intereso por usted, y que mi pregunta reconoce un principio noble.

—Lo creo.

—Bien.

—Luego, ¿cree usted que me amenaza algún peligro?

—Estoy seguro de ello.

—¿Aquí?

—No, señor.

—Pues, ¿dónde?

—En la calle.

—¿Cómo!

—Willey, al separarse usted de él, salió jurando vengarse de la ofensa que decía haber recibido de usted.

—No le temo.

—Por eso le he preguntado a usted si venía armado.

—No, señor; no traigo arma ninguna.

—En ese caso yo le proporcionaré a usted una pistola de seis tiros y tendré el gusto de acompañarle a usted cuando se retire a su casa.

—Acepto la primera; pero no puedo consentir en lo segundo, porque precisamente voy a marcharme dentro de un instante, y no puedo permitir que usted renuncie a los placeres que proporciona reunión tan escogida.

—Pero..

—Le suplico a usted que me complazca en esto; conozco al enemigo que tengo que combatir, y sé que al verme dispuesto a una vigorosa defensa, desistirá de su intento.

—Si está usted persuadido de ello, no replico.

—Segurísimo.

—En ese caso tenga usted la bondad de que entremos al guardarropa, para que le entregue a usted la pistola; soy militar, y en tiempo de revolución siempre me gusta ir prevenido a todas partes.

—Hace usted perfectamente—contestó Núñez, penetrando en el guardarropa con su interlocutor.

—Aquí tiene usted el arma.

—Mil gracias—dijo Núñez, recibéndola y guardándola en uno de los bolsillos de un sobretodo que había colgado al entrar en una de las perchas.

—Si necesita usted otra cosa...

—Ninguna otra más, gracias; con esto me sobra para ahuyentar a mi enemigo.

—Corriente; ahora, si usted gusta, volvamos al salón.

—¿Y a dónde le envío a usted la pistola mañana?

—Su casa de usted, y en la cual me pongo a sus órdenes, está en Capuchinas N... Pero tendré sumo placer en que la pistola, que tiene grabado mi nombre, la acepte usted como una prueba de amistad, si es que usted se digna honrarme con ella.

—Persona de la educación y finas maneras de usted, comunican su honra, no la reciben; y yo me considero muy dichoso al haber alcanzado esa amistad, a la cual correspondo con todas las veras de mi alma.

—Gracias.

—Yo soy quien debo dárselas a usted, por el interés que me ha manifestado.

—Cierto es, amigo mío, que tengo hacia usted marcada simpatía; pero también lo es que gran parte del interés nace de la repugnancia que siento hacia Duval y el doctor.

—¿Cómo!

—Nada me han hecho; pero sé que son el obstáculo a la felicidad de un joven honrado, amigo de usted, y me traen a la memoria otro aventurero llamado Rossi, cuya amistad les proporcionó a mis padres grandes disgustos.

—Sí; he oído hablar de ese Rossi; un aventurero que se asoció a Picaluga para vender la cabeza del general Guerrero.

El ruido de pasos de algunas personas que acababan de

llegar y subían la escalera, hizo suspender la conversación.

Los dos nuevos amigos se estrecharon afectuosamente la mano y se disponían a entrar a la sala, cuando se presentaron en el corredor dos señoras, conducidas por los encargados de recibirlas en la puerta.

Eran Inés y Clotilde.

Núñez corrió a ofrecer el brazo a la segunda, para introducirla a la sala, mientras don Juan hacía igual cosa con la primera.

Clotilde quedó gratamente sorprendida al encontrar allí al íntimo amigo de su amante, y en su rostro se pintó la alegría más inmensa; creyó que iba a hallar en el concierto al hombre que idolatraba, y este pensamiento la inundó de placer.

—¡Cuánto va a sentir Leopoldo no haber asistido a la tertulia, al saber que usted se ha hallado en ella!—dijo Núñez, al conducir a Clotilde hacia la sala.

—¡Cómo!—exclamó la joven, viendo desaparecer el encanto de su alma—. ¿No ha venido?

—Mi pobre amigo no concurre a ninguna parte para que nadie interrumpa sus pensamientos amorosos hacia usted.

—¡Oh!... ¡Y a mí me obligan a concurrir, cuando también anhelo estar sola para pensar en él!

Y al terminar estas palabras entraron en la sala, en que se levantó un murmullo de admiración al presentarse en ella Inés y la simpática Clotilde, que iban radiantes de hermosura.

La afligida Soledad, que no había dejado ni un solo instante de meditar en cuál podría ser el origen de la tristeza que había notado en el hombre que amaba, a pesar de juzgarle ingrato, dirigió la vista hacia las nuevas personas que entraban, y al descubrir a Clotilde del brazo de Núñez, sintió discurrir por todos sus miembros un frío mortal.

Pensó que aquella hermosa joven era la que le había robado el corazón de su amante, y el pecho se le oprimió de una manera horrible.

Hasta entonces sólo había sospechado que la olvidaba por otra; pero aquella sospecha iba siempre endulzada con una ligera esperanza; que ahora desaparecía ante la que juzgaba realidad, desengaño de su ingratitud..., ¡olvido!

Esta terrible idea la hizo estremecer en la silla y casi le privó de la respiración.

La infeliz vió desaparecer en un solo instante hasta la última vislumbre de esperanza, que le presentaba como realizable lo que la razón le hacía mirar como imposible.

El dueño de la casa se adelantó a recibir a la hermosa Inés y a Clotilde, y las condujo a donde estaba ya la señora de pie, esperándolas.

Terminados los saludos que la buena educación ordena, Inés y Clotilde tomaron asiento, y Núñez se colocó al lado de ellas en una silla que estaba sin ocupar.

Soledad se puso pálida al creerse olvidada por el hombre que amaba, a pesar de juzgarle infiel; pero en vez de sentir hacia él rencor o despecho, sintió que le amaba más y más, y que se interesaba en verle feliz aun a costa de su dicha.

¡Cuán lejos estaba la infeliz de imaginar siquiera que nada había para aquel hombre que juzgaba infiel, más que el amor de ella!... De ella, que era la misma Adela que él buscaba, y por quien se presentaba inconstante y perjuro a los ojos de la supuesta Soledad.

Núñez, que por una fuerza irresistible que le arrastraba hacia la mujer que amaba, dirigió la vista al sitio en que se hallaba, se encontró con la mirada de la melancólica joven, y tratando de reponerse de la profunda emoción que experimentó al sentirse herido por la luz de sus divinos ojos, volvió los suyos hacia Clotilde, y le preguntó:

—¿Y no ha venido el señor Landeta?

—Sí, señor; nos acompañó hasta la puerta de la calle, y volverá dentro de un instante.

—¿Y nada les ha dicho a ustedes con respecto a la visita que le hice esta mañana?

—Nada; pero mi excelente protectora y yo oímos cuanto pasó entre ustedes, y sentimos mucho que se empeñase tanto en no escuchar la verdad que usted se proponía revelar.

—No importa. Yo tengo esperanza en que triunfará la inocencia, y mientras el corazón de usted se mantenga firme en su amor como el de mi amigo Leopoldo, nada hay que temer.

—¡Siempre!

—¡Oh! Usted es digna de la profunda pasión que inunda el corazón de Leopoldo.

—Y ¿le entregó usted mi lazo?

—Y lo besó con delirio; como besa la playa en que llega a poner el pie el desgraciado náufrago, después de haber luchado con las olas en que creyó morir.

—Y él lo sentirá tanto como usted cuando sepa que el ángel de su amor ha concurrido a este sitio.

—¡Cuánto siento que no haya venido!

Durante el corto tiempo de esta conversación, que nadie

más que ambos conocía, Soledad sentía morir de dolor y de tristeza. Su corazón le decía que cada palabra que pronunciaban los labios de Núñez y de Clotilde, era un juramento de amor y de futura felicidad.

—¡Oh! Aquél era un continuo tormento para la infeliz, y hubiera vuelto con gusto a su casa, si no hubiera sido por temor de disgustar al señor Flan, a quien tantos favores y atenciones debía.

Por fortuna, era hora ya de que se tocara alguna pieza, y el dueño de la casa, acercándose a donde estaba Núñez, le dijo:

—A usted precisamente buscaba. Ha llegado el momento en que usted se digne favorecernos tocando la pieza que usted tiene dispuesta.

—Con muchísimo gusto—dijo Núñez levantándose, y se dirigió al piano con aire simpático, natural y franco. El corazón de Soledad respiró libremente al ver que se alejaba de la hermosa Clotilde.

Núñez se sentó airoosamente, se quitó sus blancos guantes de cabritilla, los colocó a un lado, y recorrió el teclado, preludiando el tono, con una limpieza y dulzura que arrancó una exclamación de asombro.

Soledad prestó una atención extrema desde la primera nota.

La pieza era una «Miscelánea» sobre los principales temas de varias óperas, composición del mismo Núñez; pieza que reunía a las más grandes dificultades del arte, un gusto delicado.

La composición dió principio con una fantasía sobre temas del «Pirata».

Núñez logró atraerse la atención de todos no bien dió al viento las primeras armonías. Su ejecución era limpia y clara, vigorosa su pulsación en aquellos pasajes que lo exigía el sentido de la pieza, y dulce, tierna y expresiva cuando lo reclamaba la música, logrando de ésta manera transmitir al corazón de los oyentes las distintas afecciones que con tanto acierto expresaba.

Soledad estaba profundamente conmovida.

Aquella pieza se la había oído tocar en época más feliz y risueña que la que cruzaba, sus tristes recuerdos que las notas evocaban hicieron asomar a sus azules ojos algunas lágrimas.

El joven pianista, excitado a su vez por las ideas del amor que despertaban en su corazón aquellas melodías que había consagrado al escribirlas a su querida Adela, se excedió a sí

mismo, y dominado por el entusiasmo que le inflamaba, dominó el difícil instrumento.

Al tema del «Pirata» siguió el del «Elixir de Amor», tocando con un gusto y una limpieza asombrosa, tanto las variaciones escritas en octavas y en las cuales recorría todo el teclado sin dejar de dar una nota, como las escalas cromáticas ejecutadas con la mano izquierda en tanto que con la derecha expresaba clara y limpiamente la parte cantante en posiciones difíciles en que tenía que dar armonías de tres y cuatro notas a la vez. De repente dejó de hacer uso de la mano derecha, y repitió con la izquierda lo que había tocado con ambas, destacándose tan claramente la parte cantante del difícil acompañamiento, que todos fijaron la vista en el teclado para convencerse de que no hacía uso en aquel instante de las dos manos.

Pero nada asombró; nada llamó de una manera tan particular la atención de la concurrencia como el «Carnaval de Venecia», que agregó para terminar, a los temas de ópera, y que tan difícil es de expresarse en el piano las que sólo el violín las puede producir con toda la dulzura que requieren. Sí; en esta parte llegó al colmo del entusiasmo, porque venciendo Núñez todas las dificultades, dió las expresadas ligaduras con tan diestra perfección, e hizo con tanto acierto uso de los pedales, que expresó perfectamente aquel grotesco diálogo entre el barquero y la veneciana.

El último compás de la difícil pieza fué acompañado de multitud de ¡bravos! y de un prolongado aplauso general.

Núñez se levantó de su asiento, y todas las miradas se fijaron en él.

La mayor parte de los jóvenes, gente galante y fina, corrió a darle el parabién y a estrecharle la mano.

Las señoras, por su parte, admiradoras siempre del verdadero mérito, asociaron su nombre a la conversación, y le tributaron los elogios a que era acreedor por su relevante mérito.

Núñez recibió los plácemes con la modestia del hombre de verdadero saber.

Era una ovación completa la que había alcanzado.

Cualquiera, al verle objeto del aprecio general, le hubiera creído el hombre más feliz de la tierra; pero el ojo del observador hubiera descubierto bajo la afable sonrisa con que daba las gracias a sus admiradores, que una sombra de melancolía velaba su semblante, seguro indicio del dolor oculto y de la profunda pena.

Y, en efecto, Núñez padecía, y padecía horriblemente.

Por más que había hecho por desterrar de su mente la imagen de Soledad, su dulcísimo canto había conmovido las fibras más delicadas de su corazón. Toda la noche había visto en ella la semejanza de Adela, su angélico rostro, su virginal sonrisa. Había sentido y aun sentía subyugada su naturaleza por el irresistible atractivo de aquel sér de contornos celestiales mientras su conciencia y su razón le normaban la conducta de fidelidad hacia la joven a quien había jurado amar toda la vida.

Núñez había vuelto a ocupar el mismo asiento junto al balcón en el que le vimos al principio.

La lucha interior que sostenía entre sus inclinaciones y su felicidad, le tenía inquieto y violento. Sentía subyugado su corazón hacia la hermosa Soledad, y no se atrevía ni aun a mirarla, temiendo olvidar a Adela.

La nueva que había escuchado de Félix de que aquella joven amaba, le causó una impresión dolorosa. Desde que imaginó que su corazón era de otro, Núñez sintió un agudo dolor, una inquietud, una profunda pena que temía comprender lo que significaba, pero que estaba convencido que se aproximaba a un amor vehemente que él mismo había dado causa para que no fuese correspondido.

Esta situación de Núñez era terrible, violenta.

Estaba inquieto, sin saber qué postura adoptar. La atmósfera de aquella sala le ahogaba, le oprimía el pecho.

Soledad, que no había perdido ni uno sólo de los movimientos de aquel hombre, y que había leído en su rostro el sufrimiento y el dolor, padecía al no poderle proporcionar el consuelo a sus penas.

Creyó que Clotilde, a quien juzgó objeto del amor de Núñez desde que le vió entrar en la sala con éste, era indiferente a la pasión del sér que ella idolatraba, y la generosa joven sintió como propios los padecimientos del hombre que ocupaba toda su alma.

Núñez, entre tanto, luchaba con los sentimientos que se levantaban en su corazón.

Conocía que permanecer más en aquel sitio, era estar en un continuo tormento.

Mil y mil veces le asaltó la idea de acercarse a Soledad para tener con ella una explicación sobre la incalificable conducta que había usado con ella no volviendo a pasar por la calle, pero otras tantas desistió de ella, temiendo no tener suficiente fuerza para resistir a los hechizos de la que no cedía en belleza a la mujer a quien debía ser fiel hasta la muerte.

Y, al fin, avergonzado de su debilidad, y queriendo romper el yugo a que se veía encadenado, llamó a la razón en auxilio de sus deberes, y se levantó de su asiento.

—Huyamos—dijo para sí—de esta sala. ¿Qué tengo yo que ver con esa joven hechicera? ¿No ama a otro? Y aun cuando así no fuera, aun cuando me perteneciese su cariño, ¿debo yo amar a otra que a mi querida Adela?

Y antes de que otra idea le dominase, se dirigió al sitio que ocupaba la dueña de la casa para despedirse de ella.

—¿Tan pronto nos deja usted?

—Bien a mi pesar—contestó Núñez—, pero la palabra dada a un amigo, que me espera en este momento, me priva del placer de continuar gozando de tan agradable reunión.

—Y además de la palabra empeñada a la amistad—dijo la señora sonriendo con dulce afabilidad—, ¿no hay otra causa poderosa que reclama su ausencia?

—¿Qué otra puede existir?

—La fidelidad jurada a su futura; pues me han asegurado que no la ofende usted ni por pensamiento.

Soledad, que, como hemos dicho, estaba junto a la dueña de la casa, se puso pálida como la muerte.

—Al menos tal es mi intención—contestó Núñez con sinceridad—; la amo con todas las veras de mi alma; y antes me faltará la vida, que a la mujer que amo mi fidelidad.

Cada una de estas palabras fué un dardo agudo que traspasó el sensible pecho de Soledad.

—Eso es pensar con juicio y honradez—le dijo la señora, tendiéndole la mano.

Núñez se despidió afectuosamente de ella; se acercó luego a Inés y Clotilde, con quienes cruzó algunas atentas palabras, y haciendo una elegante inclinación a las demás señoras, se salió sin haber dirigido la vista a la desventurada Soledad.

La infeliz joven creyó morir de pena; el corazón se le oprimió dentro del pecho, y poco faltó para que cayese sin sentido por la falta de fácil respiración.

—¡Luego no es a esa señorita Clotilde a quien ama!—pensó interiormente—. ¡Oh! ¡Y el ingrato no ha tenido siquiera una mirada de compasión para mí!... Pero, ¡no importa! Mi amor y mi cariño son más grandes que su ingratitud... ¡Yo le perdono todo el mal que me hace, y anhelo su felicidad!... ¡Ah! ¿Quién será la mujer afortunada por quien me olvida, y hacia la cual, como ha dicho, antes le faltará la vida que la fidelidad?

Y la joven quedó abatida.

Entre tanto Núñez, satisfecho del sacrificio que creía hacer por Adela, salió a la calle acariciando dentro del bolsillo del sobretodo la pistola que le había dado don Juan, y que oprimía en la mano, dispuesto a hacer fuego sobre Willey, tan pronto como se le presentase.

No bien había puesto los pies fuera de la puerta de la calle, cuando vió detenerse a un hombre junto a uno de los coches de las personas que habían concurrido al concierto.

Núñez hizo alto y preparó la pistola, por si era Willey que le aguardaba.

Pero aquel hombre no reparó en él, y siguió examinando el coche, junto al cual se había detenido.

Núñez se acercó sin ser visto cerca de él, y se ocultó detrás de la caja del mismo carruaje para observar.

El hombre pareció quedar satisfecho de su examen, y exclamó casi entre dientes, bien ajeno de creer que era escuchado:

—Este coche es de Landeta; ¿estará aquí Clotilde Landeta?

Núñez, que había reconocido al hombre que acababa de pronunciar aquellas palabras, contestó en alta voz:

—Dios tu ventura decreta,
Leopoldo amigo, esta noche;
este es de Landeta el coche:
está Clotilde Landeta.

—¡Núñez!—exclamó el hombre a quien se dirigía aquella cuarteta, corriendo a abrazar al que la había improvisado.

—¿Venía usted al concierto, Leopoldo?

—No; marchaba hacia mi casa, cuando me detuvo la vista de ese coche, que me pareció de Landeta.

—Pues no se ha equivocado usted.

—¿Cómo!... ¿Está Clotilde en el concierto?

—Sí; y hemos hablado de usted, y recibirá indecible placer si le viese a usted en él.

—¿Y don Emilio?

—No vino más que a acompañarlas y se fué para volver por ellas.

—¿Es decir, que están solas?

—Solas.

—¡Ah!... Voy a subir a verlas.

—¿Trae usted billete?

—Por casualidad llevo en el bolsillo el que me enviaron esta mañana.

—Pues vuele usted.

—Y usted, ¿no sube?

—Sería un improprio, después de haberme despedido de los dueños de la casa.

—Tiene usted razón; pues hasta luego, Núñez.

—Hasta luego, amigo mío.

Y Leopoldo llamó a la puerta; entregó el billete, y subió a toda prisa la escalera, con el corazón inquieto y lleno de indecible dicha, porque iba a ver, a hablar a la mujer que idolatraba. ¡Hacía tanto tiempo que no gozaba de esta dicha!

Al subir el último escalón y dirigirse hacia la sala en que iba a encontrar al objeto amado, el corazón le saltaba fuertemente dentro del pecho.

En el murmullo de voces que se oía desde fuera, creía escuchar claramente la voz de su amada, que le hacía estremecer de gozo. Dejó el sombrero y el abrigo en una pieza destinada a guardarropa. Luego, acordándose de que Clotilde llevaría alguna flor, lazo o cinta parlante en su adorno, como habían convenido en llevar siempre ambos para poderse manifestar su afecto en caso de que la casualidad les hiciese encontrarse en cualquier parte, se acercó a las macetas que adornaban el corredor, y cortó una siempreviva que la colocó en el ojal de la levita. Hecho esto, penetró en la sala. Buscó con ojos ávidos al objeto de su amor. Y pronto su vista se encontró con la de Clotilde, que tenía clavada la suya en él, desde que asomó a la puerta de la sala.

La grata y profunda emoción que ambos sintieron en aquel delicioso instante es indecible. Los afectos íntimos del alma se sienten, no se explican.

Leopoldo se adelantó henchido de placer a saludar a Inés y a Clotilde.

Al estrechar la mano de ésta, vió que la hermosa llevaba prendida en el pecho la bella flor del pensamiento, y le envió una mirada de gratitud y de pasión intensas.

Clotilde correspondió con otra que entrañaba iguales sentimientos al notar la siempreviva.

En ésta le juraba Leopoldo «amor eterno», le decía que se «acordaría de ella eternamente», y que «siempre viviría en su corazón».

Por su parte, la joven le hacía ver en aquel «pensamiento», que le «adoraba como a un sér del cielo».

¿Qué más podían desear aquellas dos almas que habían nacido la una para la otra?

Inés, que cifraba su ventura en la felicidad de su protegida, miraba a los dos jóvenes con fraternal cariño.

Leopoldo iba a dirigir a la hermana de Landeta algunas palabras, cuando se escucharon las primeras notas de la introducción de un aria que iba a cantar la desventurada Soledad.

Todos guardaron el más profundo silencio y se dispusieron a oír.

Leopoldo hizo una inclinación de cabeza a Inés y a Clotilde, y fué a sentarse en el sitio que ocupaban algunos jóvenes.

Desde allí podía tener fija la vista en el objeto de su profundo amor, de quien no apartaba los ojos.

Soledad, que estaba conmovida con el recuerdo de la ingratitud de Núñez, empezó a cantar con una expresión y un sentimiento que conmovían.

Todos la escuchaban admirados.

Todos, excepto el hombre único a quien ella hubiera querido agradar y conmovier.

El hombre a quien juzgaba el más ingrato del mundo, y que, sin embargo, le amaba con todo su corazón.

Entre tanto, el canto era cada vez más tierno, cada vez más apasionado.

Clotilde y Leopoldo, conmovidos por aquella música expresiva, se miraban embriagados de amor.

¿Y Núñez? ¿Qué había sido de él? ¿Le había esperado, en efecto, el doctor, como había temido don Juan?

Hasta ahora sólo nos es permitido decir que al separarse de Leopoldo, satisfecho del sacrificio que hacía por Adela en renunciar al concierto, donde estaba la que él creía la exacta semejanza de ella, echó a andar al instante, acariciando dentro del bolsillo del sobretodo la pistola que le había dado don Juan, y que oprimía en la mano, dispuesto a hacer fuego sobre Willey, tan pronto como éste se le presentase.

¿Qué pasó después?

Los acontecimientos siguientes darán razón a la pregunta.

CAPITULO VII

Después del concierto

Clotilde y Leopoldo pasaron en el concierto las horas más felices de la vida.

Hablaron de sus penas, de sus esperanzas; renovaron sus juramentos de amor y se prometieron eterna felicidad.

También la hermosa Inés encontró un bálsamo consolador a sus penas, hablando de Ricardo con Leopoldo; de su esperanza en encontrarle; del amor tierno, constante y profundo que revelaba consagrarla en el cuaderno; en aquel cuaderno que le arrebataron de las manos una noche, y que desapareció más tarde del estudio de Leopoldo.

Poco antes de que terminase la tertulia, el joven pintor, para evitar que le viese don Emilio Landeta, se despidió sabiendo que éste debía llegar de un momento a otro por Inés y Clotilde, y se retiró a su casa, llevando en su corazón el consuelo que siente el hombre que ama con todas sus potencias, al saber que es amado de la misma manera.

Inés y Clotilde bendijeron interiormente la resolución de haber asistido al concierto, y se entregaron a los más risueños pensamientos para el porvenir.

Varias piezas se siguieron tocando por distintas señoritas y caballeros.

Soledad había cantado durante el concierto, dos arias más, una de «Sonámbula» y otra de «La Cantante», arrancando en ellas estrepitosos aplausos.

Sin embargo, estos triunfos estaban muy lejos de llenar el vacío de su corazón, ni de mitigar el dolor que le causó la creencia de que Núñez, el hombre a quien había tenido por el más leal y sincero de la tierra, le olvidaba por otra mujer a quien amaba ciegamente.

No queriendo dar crédito a lo que ella misma había oído, y aprovechando un instante en que Félix se sentó a su lado, en uno de los intervalos en que se servían los refrescos, se informó de la conversación que había tenido, no quedándole ya duda del cambio que se había operado en el corazón de su amante.

El convencimiento de la ingratitud con que eran recompensadas sus lágrimas y su fidelidad, desvaneció el átomo de consoladora esperanza que alumbraba su porvenir, como se desvanece el débil rayo de una solitaria estrella que brilla en medio del negro cielo cuando extiende su manto de espesas nubes la terrificada tempestad.

Las tiernas atenciones, las galanterías de los jóvenes, los aplausos de la concurrencia, fueron desde entonces para su corazón flores sin aroma y sin color, pues sólo tienen perfumes para un alma enamorada, las dulces palabras que salen de los preciosos labios del sér que se idolatra.

Al terminar el concierto, Soledad se retiró a su casa con el pecho prensado de pena y de dolor.